



Lisboa-Dakar 2008

Papá, ¿por qué tienen miedo?

LA GRAN PIEDRA NEGRA SOBRESALÍA SOBRE EL ACANTILADO Y PERMITÍA UNA VISTA PRIVILEGIADA que, en los días claros, cuando no soplaba el viento de arena, permitía ver un valle inmenso, rebotante de dunas que se perdían allá donde el horizonte cae y se pierde la perspectiva.

Ahmet y su hijo mayor, Alí, estaban en ese lugar desde hacía dos días. Dos mantas gruesas, dos botellas de plástico envueltas con tela de saco y cuerdas ásperas para protegerlas del calor, dátiles, un poco de queso, seis latas de comida variada, cerillas, una navaja muy afilada, pan que un día fue tierno, una linterna con una luz amarillenta, dos vasos de cristal, té, azúcar, una tetera y algo de dinero para aquellos momentos cuando la amistad no es suficiente.

A pesar del frío que hacía por la noche, se sentían felices porque iban a ver cumplido el sueño de Alí y un deseo que Ahmet estaba incubando desde hacía 10 años, cuando vio el Dakar en Gao y le impactó

tanto, que se prometió llevar a su hijo cuando cumpliera 12 años.

- Papá, ¿por qué hemos venido tan lejos?
- Porque hace diez años que espero el Dakar en Gao y no llega desde 1997.
- ¿Por qué ya no pasa por nuestro pueblo?
- No lo sé, he oído decir que tienen miedo.
- ¿Miedo de qué?
- No lo sé, Alí.

Hacia catorce días que habían salido de su aldea Bourem, que está en Malí, a 90 km de Gao y a unos 300 de Tombouctou. Habían viajado en transportes colectivos sobresaturados, en los camellos de su amigo Moha y a pie hasta aquel rincón privilegiado del mundo, el paso de Nega, en total casi 800 km siempre en la dirección donde el sol se esconde cada tarde. Habían aprovechado el viaje para ver a miembros de la familia y amigos que estaban viviendo en Tombouctou y en Nema, ello había dilatado más de lo esperado el viaje.

Alí había cazado un gran lagarto que lo cocinaron para cenar. Era una noche maravillosa. Estaban los dos estirados sobre un colchón de arena mirando el firmamento.

- Alí, mira el cielo, está espléndido.
 - Lo veo muchas noches desde casa, ahora tengo sueño -respondió poco interesado.
 - Eres muy joven para valorar cada día lo que tenemos a nuestro alrededor.
 - Papá, quiero dormirme porque mañana veremos el Dakar y me hace mucha ilusión.
 - ¿Crees que el ruido me dará miedo?
 - No. Los oiremos y veremos desde lejos. No lo olvidarás jamás.
 - ¿Cuándo nos levantaremos?
 - Cuando el sol caliente un poco.
 - Vale. No te olvides de despertarme.
 - Por supuesto, duerme tranquilo.
- Cuando el sol salió y despertó a Alí, su padre hacía rato que estaba en la piedra mirando el horizonte.

- Papá, ¿ya vienen?
- Todavía no. ¿Quieres desayunar?



Desayunaron en la piedra y mientras bebían el té miraban hacia el horizonte. Estuvieron sentados muchas horas. Los ojos rastreando entre las dunas, para poder distinguir entre los pequeños remolinos formados por el viento y alguna columna de polvo de algún corredor.

Esperaron con la paciencia de quien nunca ha llevado reloj y de quien calcula el tiempo por días y las distancias por horas.

Comieron una lata de sardinas, con pan y un poco de agua. Otro té.

Nunca dejaron de ver el valle, no se querían perder nada, habían esperado mucho para este momento.

El tiempo pasaba. El sol cenital del mediodía, que desde su vertical convertía al valle en una superficie plana sin relieve alguno, dio paso a un sol que caía hacia el oeste dando relieve a las dunas con su sombra. Pero en el horizonte no se apreciaba nada.

Los ojos del niño se empezaban a cansar y su concentración se estaba poniendo a prueba.

- Papá, ¿por qué se retrasan tanto? ¿Era hoy, verdad?
- Sí, los soldados de la frontera me lo confirmaron. El rally pasaba hoy por aquí.
- ¿Y por qué no llegan?
- Puede que hayan tenido algún problema. Esperaremos. Llegarán, lo han hecho siempre.
- Vale.

Ahmet recordaba que desde 1997 el rally no pasaba por Gao y sabía que desde 1992 no pasaba por el desierto del Ténéré en Níger y que desde 1993 no lo hacía por Argelia. ¿Por qué? La guerra de los tuaregs había terminado y, según creía, todo parecía mejor. ¿Y si habían cambiado la ruta? Pasarán, esperaremos.

La noche se hizo larga y Alí se puso a dormir mientras su padre vigilaba. Creyó ver luces y despertó a su hijo dos veces, pero probablemente fueron reflejos de la luna en la arena o el propio cansancio que se apodera del cerebro y sus deseos.

- Papá, vendrán.
- Por supuesto. Vuelve a dormir.

Cuando Alí abrió los ojos, vio a su padre sentado al borde la piedra mirando al horizonte.

- Papá, no has visto nada.
- No. ¿Quieres desayunar?
- ¿Vendrán?
- Creo que sí. Esperaremos.

El segundo día se hizo más largo, Ahmet acusaba el cansancio y por la tarde le pidió

a su hijo que vigilara en tanto él se estiraba a dormir.

Cuando se despertó era de noche.

- Alí, tienes que cenar algo.
- Pero, papá ¿qué ha pasado? ¿Crees que los veremos?
- Pues la verdad es que no estoy seguro. No lo entiendo.
- ¿Quieres cenar?

Esa noche se turnaron para dormir y, a pesar de que esta vez fue Alí quien despertó con falsas alarmas a su padre, nada, ni nadie llegó al paso Nega.

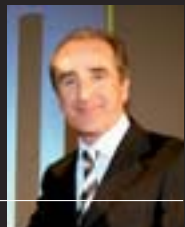
Al mediodía del tercer día, los dos seguían mirando hacia el horizonte. Ahmet, de repente, se sobresaltó al oír unas pisadas justo detrás de él; se giraron y vieron a Moha, con su caravana de camellos, que iba de Tidjikja a Ayoun el Atrous y quien los había dejado en el viaje de ida y había quedado con ellos para recogerlos.

- Moha, el rally no ha llegado.
- Ni llegará. Fue anulado antes de salir.
- ¿Antes de salir?

Moha le contó los detalles a Ahmet, quien se quedó sorprendido. Iniciaron el viaje de regreso bajando hacia el valle por aquella rampa natural de dunas del paso de Nega; Alí viajaba sobre un camello, junto al cual iba andando su padre, a quien le preguntó desconcertado:

- Papá ¿por qué no ha llegado el rally?
- Porque tienen miedo.
- ¿Miedo de qué?
- Pues no lo sé muy bien, de los malos.
- ¿Nosotros somos malos?
- No.
- Y los tíos, los primos, los abuelos, los amigos, ¿son malos?
- No, ellos no son malos.
- ¿Tú tienes miedo a los malos?
- No.
- ¿Y por qué ellos sí?
- Porque ahora les damos miedo todos.
- ¿Crees que volverán y los podré ver?
- Creo que no. Se han ido para siempre.
- Papá, cuando sea mayor, ¿podré ir allí, más allá del mar, donde viven ellos?
- No lo sé. Dependerá de ti.
- Papá, no entiendo qué ha pasado...

NOTA.- Ésta no es una historia real, pero este año pueden haber sucedido cien historias parecidas.



■ Por Juan Porcar